

MADRID

## Más allá de la Puerta de Hierro

Desde Madrid escribe  
Armando Puente

El séptimo viaje a Madrid de Héctor Cárpora desde que, en noviembre de 1971, fuera nombrado delegado personal de Juan Perón, fue el más breve de todos: permaneció sólo cinco horas en la capital de España. Fue, también, el de más larga y laboriosa gestación. Una entrevista en Buenos Aires con el embajador Sebastián de Erice, preparada por intermedio de Tulio Jacovella, y otra de Perón en Roma con el embajador Joaquín Jiménez Arnau, prepararon el camino. El canciller Gregorio López Bravo, en unas declaraciones a la televisión, repitió públicamente lo que los dos embajadores habían explicado en privado: "España ve en un jefe de Estado al presidente de todos los ciudadanos de ese Estado, mucho más que a la persona", dijo quitando carga al peso muerto de la visita de Lanusse. "El doctor Cárpora sabe que será bien venido y tratado con los honores que le corresponden", añadió.

La invitación fue aceptada a último momento, sólo 48 horas antes de viajar a Madrid desde Roma. En el Palacio de Santa Cruz los funcionarios comenzaron inmediatamente a preparar la acogida al presidente electo, un protocolo que no les resultaba inédito, pues recientemente habían visitado el país en condiciones semejantes, aunque sin tantas urgencias e incógnitas, el colombiano Pastrana Borrero y el costarricense José Figueres. España está decidida a no quedarse atrás de Italia en la competición entablada en la recta final de la larga marcha del justicialismo hacia el poder. Por eso, cuando a las 12 y cuarto del pasado sábado el doctor Héctor Cárpora llegó a Barajas, fue recibido en la pista por el canciller López Bravo, mientras un batallón de la Aeronáutica le rendía honores militares, dándosele así un rango protocolar superior al concedido por el gobierno italiano durante la visita a Roma.

El doctor Cárpora no borró un solo momento su amplia sonrisa mientras saludaba y abrazaba a las personas que lo esperaban en la "Sala de Autoridades" del aeropuerto de Barajas; pero un par de amigos íntimos creyeron ver en él una fuerte tensión. Allí se encontraban el embajador Jorge Rojas Silveyra, el ministro consejero Manuel Gómez Carrillo (autor de la Marcha de la Libertad), Juan Carlos Galardi, Jorge Antonio, Héctor Villalón, Mariano Tedesco y una delegación de petroleros que se dirigía a una reunión de la OIT, en Ginebra.

Los funcionarios de la Cancillería, para obviar molestias innecesarias a Juan Domingo Perón y a Isabelita, los introdujeron en una silenciosa sala en penumbra, mientras el doctor Cárpora, a la luz de los sofocantes focos y flashes de los reporteros, formulaba,



HECTOR CAMPORA Y FRANCISCO FRANCO  
El protocolo del séptimo viaje

en otro salón contiguo, algunas declaraciones.

"Como presidente de la República, tendré una preocupación constante en acrecentar las relaciones entre España y Argentina". Al concluir la breve conferencia de prensa, el canciller López Bravo, que lo acompañaba, se acercó a Perón para reiterarle que Franco lo esperaba a él y a su esposa, junto con Cárpora, en el Palacio del Pardo.

Cuatro automóviles negros, escoltados por dos autos de los miembros de la Brigada Social que han protegido a Perón en los 13 años de exilio madrileño, recorrieron los 30 kilómetros que separan el aeropuerto de la residencia de Franco, mientras fuerzas de la policía y la Guardia Civil les rendían honores a lo largo del trayecto.

Se había previsto que la entrevista durara escasamente 30 minutos, teniendo en cuenta que coincidía con la hora del almuerzo y que tanto Perón como Franco, formados en la severa disciplina militar, no gustan de alterar sus rígidos horarios. A pesar de la brevedad se le concedía un singular relieve: era la primera vez que se encontraban frente a frente Perón y Franco, dos políticos que durante 13 años han sido vecinos, viviendo uno y otro en los alrededores del bosque del Pardo, pero que hasta ese instante nunca se habían dirigido la palabra. Esa incomunicación —no ignorancia— de ambos ha tenido una cierta grandeza. La frialdad de la razón de Estado y de la política se habían impuesto al deseo, o al menos a la curiosidad, que habrán sentido más de una vez, en tan largo tiempo, por conocerse y confiarse secretos comunes de episodios en los que ambos desempeñaron un papel decisivo.

Pero a las dos de la tarde proseguía la conversación en el despacho de Fran-

co. Según se comenta en los diplomáticos, el caudillo habría dado la visita de Eva Duarte e "a quien el pueblo español brinda más calurosa acogida jamás a un visitante extranjero". Por su parte el canciller López Bravo habría conocido la forma y los motivos con que se gestó el crédito otorgado en el último por España para el desarrollo naval argentino: "Nosotros tenemos siempre confianza en la Argentina. Cuando, hace unos años, nadie creía en el futuro del país, cedimos un crédito por valor de millones de dólares, no en beneficio de una persona o de un grupo de personas, sino como una prueba de la confianza que tenemos en el futuro del país. Entonces, al tratar el tema en Consejo de Ministros, tuvimos en cuenta el precedente del protocolo Perón-Franco de 1947, en un momento difícil para España, el gobierno argentino nos demostró su confianza. Ahora que nuestra economía es fuerte, respondimos favorablemente a su solicitud que se nos hizo, porque nosotros somos agradecidos", habría dicho.

Al despedirse, Franco invitó a Héctor Cárpora a visitar oficialmente España en cuanto asumiera el mandato del presidente electo, pero postergándola a unos meses, una vez resueltos los problemas de gobierno más urgentes.

Eran las dos y cuarto de la tarde cuando entraron en la quinta planta del Palacio de la Moncloa. Allí les esperaban los periodistas. Los caniches saludaron al presidente electo, que jugó con ellos en el vestíbulo antes de entrar a la entrevista. "Disculpenme muchachos; pero una semana que no me bajo del avión", dijo a los periodistas con voz cansada. Cárpora comentó la cordialidad de la entrevista que acababan de tener y expresó su propósito de ir de par en par las puertas a la invitación italiana y española "una vez hayamos resuelto el problema de los millones y medio de desocupados". Cárpora anunció un ambicioso plan de obras públicas que incluía la ayuda del capital europeo, su ejecución en cuanto el nuevo gobierno, para poner fin al paro en España.

Perón, de nuevo dueño de camisa y de pantalón, recordó que la comida estaba servida. Iniciaron entonces la última de las conversaciones, que prolongó casi tres horas. Cuando el presidente electo llegó al aeropuerto había ya largo rato que la pista esperaba un birreactor. Mientras en el que, en vuelo especial, regresaba a Roma y, en la puerta, lo aguardaba el canciller español. "Lo esperaré en Buenos Aires para el 25 de Mayo", dijo Cárpora. Más que una invitación, una orden, que el gobierno español cumplirá gustoso. "Y a usted lo espero en la próxima vez; ya sabe que es su casa", contestó López Bravo. El presidente electo no se hará esperar. A fines de abril o primeros de mayo volverá a encontrarse con Franco. La corta ausencia no impidió que, al despedirse, los ojos de ambos se humedecieran en lágrimas, al confundirse en un fuerte y largo abrazo. ♦